

ñola, no dedicaran buenos preámbulos a teorizar y polemizar sobre su idea del oficio, en vez de contradecirse puntillosamente sobre bagatelas⁶⁶.

Pero dejémoslo aquí, porque no parezca que me confundo de libro, y me he pasado a comentar el otro más reciente de Caro⁶⁷.

Historiador eclesiástico frustrado

Los historiadores guipuzcoanos coinciden en señalar que en tiempos de Felipe II, y aun antes, la provincia había alcanzado madurez jurídica, y sólo era cuestión de hilar el copo de un derecho foral no escrito. Un primer intento no prosperó. Nuevo ensayo aprobado en junta de 1583 se envía el año siguiente a la corte para confirmación. Esta vez fue Garibay el encargado de poner pegas y parar el proyecto, desde Madrid: cosa que a Caro le parece bien, porque en efecto aquella compilación era mala, aunque otros no están de acuerdo⁶⁸. Así una vez más lo peor vino en remedio de lo malo, y el derecho guipuzcoano siguió a su aire.

Traigo esto a cuento, no por terciar en algo que ni me va ni me viene —a saber, si es mejor o peor la ley escrita que la usual, para Guipúzcoa, Inglaterra u otros paisajes—, pero sí por otro gran proyecto de Garibay que Caro elogia: aquella magna historia de las iglesias hispanas, anticipo de la *España Sagrada* del equipo de Enrique Flórez. Dice mucho en pro del hombre Garibay el haberlo pensado. Como también es de grandes cabezas en su decrepitud desmedirse. La idea eclesiológica de Garibay por fortuna era irrealizable, y hemos de agradecer a personas sensatas, como el cardenal Quiroga, que escuchó el plan con deferencia y lo metió en la nevera. En efecto, asusta imaginar lo que sería la historia eclesiástica de España en manos de un genealogista habilidoso, capaz de llegar hasta Faramundo de Francia por cien líneas diferentes, paleógrafo peritísimo y a la par amigo del falsario padre Jerónimo Román de la Higuera; varón él mismo respetuoso siempre con las conveniencias y, a lo que se ve, en su madurez más acomodaticio⁶⁹.

⁶⁶ El Compendio historial tiene todo el l. 1 dedicado a una especie de introducción a la historiografía en general y a la española en particular. Pero no nos hagamos ilusiones: nuestro autor —partiendo del manido apotegma aristotélico, sobre que los hombres tienen natural deseo de saber— se limita a ponderar la ex-

celencia y utilidad de la historia, y lo mucho que cuesta escribirla bien. Da una lista harto respetuosa de autores precedentes. Mas nada nos revela sobre su sistema de trabajo para llegar a la verdad.

⁶⁷ J. Caro Baroja, *Las falsificaciones de la Historia* (en relación con la de España), Barcelona, Seix Ba-

rral, 1.ª y 2.ª ed., 1992). Debe corregirse, si no se ha hecho, la larguísima, intraducida pero sobre todo pesimamente transcrita cita latina de Livio, pp. 39-40, si quiera en atención a posibles citadores de segunda mano. El texto (p. 25) y la nota 32 (p. 40) remiten a una nota 31 inexistente.

⁶⁸ Cfr. *Memorias*, 4, 13; p.

411. Tejada, *La provincia de Guipúzcoa*, p. 45.

⁶⁹ Un botón de muestra: las consejas recogidas en el Compendio, t. I, p. 1, p. 75, sobre la evangelización del país cántabro-navarro por San Saturnino, discípulo del Bautista primeramente, luego de San Pedro Apóstol; lo que se amplía en p. 221 con la conversión de San Fermín

Un hombre, una mentalidad

A nombre de Garibay corren unos *Cuentos*, obra que Caro despacha como ligera e impropia de la gravedad de este autor, «chistes de vizcaíno» incluidos⁷⁰. Si Garibay sólo hubiese producido esta colección, la idea que nos haríamos de él sería muy otra. Pero con el contrapeso que aportan estas producciones ligeras, más gana que pierde el personaje. En todo caso, si la obrita es suya, como parece, hay que tenerla en cuenta para entender su mentalidad.

Porque este estudio de Julio Caro, ensayo antropológico, puede inscribirse en la corriente de la historia de las mentalidades, si bien con la heterodoxia propia de un Baroja⁷¹.

El retrato mental de Garibay se reserva para las páginas 353 y sigs., para concluir que «desde cierto punto de vista lo más interesante en su obra son las memorias. No por lo que tiene de documento literario, sino por lo que significa como testimonio», y recomienda «hincar el diente» a este texto. En ello estamos.

«Garibay —diagnostica Caro— es un hombre humilde y sencillez que considera reverencialmente a los grandes de la Tierra, en los que casi nunca nota defectos». No parece tan clara la tesis de la sencillez, simplicidad o simpleza, sin reconocerle a la par cierta dosis de astucia y un espíritu bastante retorcido. El Garibay autobiógrafo en un primer hojear aburre y desconcierta, cuando no irrita o hace sonreír. Parece un simple; a veces, un pequeño taimado. Hasta que, poco a poco, se revela una mentalidad com-

en Pamplona. (Por cierto, otro santo cuerpo que Garibay quiso repatriar desde Amiens a la capital navarra; Memorias, 6, 12; p. 518). Lo mejor que cabe decir en descargo de Garibay es que no se recrea mucho en estas historias, que alega (ad probandum) para probar el cristianismo viejo de los vascos. Aquí mismo es donde aduce su argumento sobre iglesias de altura y de baja, que ya tocamos (n. 20 y texto).

Garibay expone su plan en Memorias, 5, 6; p. 453. Se trabajarían las provincias eclesiásticas por este or-

den: Toledo, Sevilla, Granada, Burgos, más Oviedo y León, diócesis exentas; Aragón y Portugal quedarían para más adelante (la omisión de Santiago debe de ser lapsus).

⁷⁰ Diríase que Caro se descarga en el editor A. Paz y Meliá (Sales españolas, BAE 176, p. 192) para abrir la posibilidad de que se trate de otro Garibay, cuando él mismo reconoce que «la colección está hecha en tiempo de Felipe II», y «son de todas formas cuentos recogidos por hombre cortesano, que se movía por Toledo y Sevilla» (ibíd. y n. 45). ¿Cuán-

tos Garibayes había, entonces, en iguales circunstancias? Argumentar sobre la base de la gravedad de la materia o sobre el humor del mondragonés no apremia, máxime cuando se acaba de elogiar a Garibay parremiólogo en vascuence. Nótese que muchas de las anécdotas o chistes circulan entre grandes personajes.

Chistes de vizcaíno hay tres, el tercero francamente bueno (Sales, p. 218b). En cuanto al primero (p. 217a), es difícil para nuestro actual sentido del humor tomar como «chiste» aquella anécdota tremenda, que tam-

bién otros coleccionistas de cuentos recogieron, casi siempre mal, siendo preferible la lectura de Garibay:

«Un vizcaíno, habiendo parido su ama, fuese corriendo a pedir albricias a su amo del parto de su muger, y cuando se lo dijo, le preguntó el amo: —¿Parió hija? Dijo el mozo: —Mejor, señor. Replicó el amo: —¿Parió hijo? Dijo el vizcaíno: —Mejor, señor. Dijo el amo: —¿Pues qué parió? Respondió el vizcaíno: — Señor, una hija muerta.»

Compárese la versión, también toledana de época, de Melchor de Santa Cruz de

pleja y un gran testigo, no para la historia de su tiempo (que parece como si no fuese con él) sino para la de las mentalidades.

Garibay gasta sus *Memorias* en un discurso prolijo sobre cosas intrascendentes, y encima sujetas al axioma *testis unus, testis nullus*. No ayuda a entender nada de interés, fuera de su propia mentalidad y ciertas preocupaciones muy de su ambiente, muy reveladoras. Fijémonos en qué gastaba su tiempo y cómo redondeaba sus ingresos: «Como en esta corte hay variedad de gentes de diversas pretensiones y cada uno atiende con mucho cuidado a su particular, me gastan no poca parte del tiempo en ellas, por satisfacerles en sus deseos y cuidados... A muchos he sacado de tinieblas, a unos de grandes y a otros de no tantas, y a otros librado de ruina y declinación de sus honras, endreçando el blanco a Su Divina Magestad, que me ha de medir con la medida que yo diere a mis prójimos, y con el céntuplo, si esta fuera buena»⁷². Su especialidad eran las genealogías, los linajes y parentescos. En aquella España filipina, el genealogista era tan solicitado o más que el astrólogo, y su clientela era igualmente amplia: del Rey abajo. ¿Qué digo el astrólogo? Astrólogo podía serlo cualquiera, mientras que genealogistas autorizados (que no «escuderos de armas pintar»⁷³ no había tantos. Pues bien, ese texto de Garibay es revelador del papel social de aquellos personajillos grises, discretos, hábiles en «cosas de pluma», capaces de arreglar un apellido, tan difícil como recomponer un virgo, y no menos útil en tanta diversidad de «pretensiones».

¿Humilde, sencillo, Garibay? ¿Un hombre «de inteligencia media», el que tan bien supo tomarle la medida a la sociedad en que vivió, y anduvo tranquilo por aquel laberinto de intrigas cortesanas? Ciertamente no pudo, o no quiso, superar cierto techo de ambición. Lo suyo eran los besamanos, las procesiones, las antesalas. Y en eso que tanto le gusta, no pierde ocasión de recordar lo bien situado que estuvo en cada ceremonia, «para que el Rey y Sus Altezas le viesen». En aquella sociedad bastante embarullada, Garibay es el erudito para la ocasión, el que sabe lo que hay que poner

Dueñas, Floresta española de Apothegmas, o sentencias, sabia y graciosamente dichas, de algunos españoles, Toledo, 1574; 5.^a parte, c. 1, De vizcaínos, 14; Edic. Madrid, Soc. Bibliófilos Esp., 1953, p. 135. La obra está dedicada a D. Juan de Austria; cfr. Maxime Chevalier, Cuentos folklóricos españoles del Siglo de Oro, Barcelona, Crítica, 1983.

⁷¹ Sobre esta forma de historiar cfr. Robert Mandrou: «Histoire. E. L'histoire des mentalités», en Encyclopaedia Universalis, París, 1990, 11: 479-481. Disculpe don Julio mi reincidencia como citador de artículo enciclopédico, género al que profesa ojeriza (v. Caro, p. 359), pero que incluye alguno que otro producto aprovechable, como este de Mandrou o el

otro de Certeau (supra, nota 63).

No fue ajeno Mariana a esto de las mentalidades: «Cada ralea de gente tiene sus gustos, sus aficiones y sus juicios» (Historia de España, prólogo).

⁷² *Memorias*, 5, 4; p. 439. Más adelante anota un trabajo genealógico para el du-

que de Nájera, «con otras cosas..., útiles al mismo duque para su pleito de Nájera» (ibid. 6, 11; p. 465).

⁷³ La expresión es de Carvallo, Asturias, p. 119. Garibay, en cambio, usa el refrán «pintar paredes como queredes», ironizando sobre la aberrante (o peculiar) heráldica de su tierra (*Memorias*).

en un letrero de circunstancias, llegando en estas cosas a actuar de espontáneo o entrometido⁷⁴.

Garibay vivió contento de ser el último criado del primer amo del mundo, de ser un vecino de la imperial Toledo, para él como un gran suburbio de su Mondragón⁷⁵, en el corazón del imperio más grande de la historia. Esto, más que sencillez o candor, refleja una mentalidad compleja y bastante compartida. En esta tesitura realizó trabajos históricos que, independientemente de su valor objetivo, descubren talento autodidacto, habilidad para escoger, refundir, componer, y desde luego «orientar» a la opinión pública. Caro le reconoce mérito especial como medievalista y navarrista, y en eso se puede estar de acuerdo, aunque también son de interés sus apreciaciones sobre cosas más de su tiempo: los descubrimientos portugueses y españoles, o la difusión de la sífilis y otras enfermedades. Miel sobre hojuelas. Pero Esteban de Garibay es hoy, más que nada, carne de psicólogo, y es mérito de don Julio Caro Baroja haber acometido en este libro un primer análisis de aquella mentalidad.

Jesús Moya



⁷⁴ Así, con motivo de la reinstalación del nuevo santo San Diego de Alcalá, Garibay envía al padre General desde Madrid la cartela de circunstancia que se había de colocar en el arca nueva, «porque había visto otra que le querían enviar faltosísima de prudencia y método y orden» (Ibid., 6, 13; p. 472).

⁷⁵ Burla burlando, el propio Garibay recoge en su refranero aquello de bardin (bardina), Burgos eta Marquina; o mejor aún, Larrea Burgos baño obea, Toledo-ren idea (cit. por Caro, p. 355, sin comentar que el primero es antiviçcaíno y el segundo antialavés). Se ve que la costumbre de intercambiarse bromas entre vascongados es vieja.



Julio Caro Baroja:
Lo incomprensible
(Fragmento)